

Tres poemas de de infinito amor (Cuaderno del encierro)

SANTIAGO MONTOBBIO

Membro correspondente. Barcelona-ES.

ME DESVELO EN LA NOCHE, AUNQUE HE DORMIDO UNAS
CUANTAS HORAS.

Se acerca la madrugada. Pero aún está oscuro. Pienso en los trabajos que aún he de hacer, y que me encontré escribiendo de otra cosa, por la intención de leer sólo por gusto -y que esto, la poesía que leyera me recompusiera y ayudara, como así hizo. Uno se consuela o apunta al lado positivo de las cosas, a veces más posible que cierto.

Dije ayer de uno de los largos poemas que de noche y al final del día escribí

que se ha ido perfilando y acendrando lo que podría contestar al cuestionario

de la escritora Julia Sáez-Angulo para su revista. Y no, no era así.

En el sentido de que podría haberlo contestado de inmediato, y quizá hubiera salido más fresco. No es bueno dar vueltas a la cosas -ni apretar el alma, lo sabemos. Pero es que esto es una manera de apretarla.

Es mejor decir las cosas en su primera vez. No he de reposar, de dejar reposar

nada. Sé y sabía lo que he de decir y quiero decir. Pero he decidido continuar al menos en parte las lecturas que emprendí.

Digo en parte porque en mi selección puse de Juan Larrea

lo que él mismo de su poesía seleccionó para la antología de Gerardo Diego. Y no sé dónde está Versión celeste. Y de Domenchina creo que hay lo incluido en la antología del 27 de Vicente Gaos, la que nos hacían leer en el colegio. Gaos llama la atención sobre los poemas del destierro, dice, si no recuerdo mal, que son los que le hacen merecedor en verdad del título de poeta. Quizá cuando realicé esta selección no había conseguido su libro con los poemas espléndidos y heridores del destierro, que compré de favor y por nada -como dice en un poema, si recuerdo bien, José Ángel Valente de su inclusión en una antología de la poesía española-, por muy poco precio un año en la Feria del Libro del Paseo de Gracia. Los empleé y están presentes en el ensayo de Angelina, pero quizá no los tenía mucho antes. Sé dónde están mis libros, y la memoria los encuentra. El problema es que algunos de estos libros queridos han sido llevados al lugar de verano para releer allí. Algunos allí se quedaron, otros volvieron en la bolsa en que allí fueron con otros muchos

y en esta bolsa se quedaron, y por esto he dejado de tenerlos a la vista y es más difícil encontrarlos. Pero los encontraré. Quizá a Domenchina y quizá a Larrea. Y leer a Altolaguirre y a Guillén, que sí tengo a la vista y son segura compañía. También leerlos a ratos, por placer, para que me hagan compañía y sea su lectura un disfrute. Han de estar presentes en lo que conteste a este cuestionario. En los libros de poemas que recomendaría -horrible palabras, pues yo no recomendaría nada- pienso, siendo honesto, y por pensar en dos libros que marcaron mi adolescencia, en *Cántico* de Guillén y *Las islas invitadas* de Altolaguirre. Y, como tercer libro, *La tarde* de Juan Rejano, releído ayer y confirmado en su lectura en su grandeza y el carácter especialísimo que tenía en mi recuerdo. Había pensado en *Poemas de la consumación* de Aleixandre, pero creo que el de Juan Rejano permite llamar la atención en algo que creo, y es en el valor de algunas, muchas de las voces poco conocidas o tenidas por menores del 27. Poetas que hicieron sólo una obra de juventud como poetas, y dejaron de escribir poesía

-Antonio Espina-, poetas que hicieron toda su obra o lo más sustancial de ella

en el exilio -Francisco Giner de los Ríos, Juan Rejano, Juan José Domenchina-.

Recuerdo que en un cuestionario que hizo *El Ciervo* a diversos escritores y críticos

con motivo del sesenta aniversario de la generación, en 1987

-año de tanta poesía de juventud mía, de los poemas de mis veinte y veintiún años

que aún están vivos-, y que tiene un especial interés

por la variedad de juicios y pareceres y por esto empleo o empleaba en clase,

Ricardo Gullón destacaba el valor de estos poetas tenidos por menores

y que eran extravagantes -en el sentido italiano del término-, y se lamentaba de no haber dedicado la atención que merecían

a los libros que dedicó al destierro Juan José Domenchina.

Yo los leí muchos años después, encontrados como un regalo

en la Feria del Libro del Paseo de Gracia. Tenía esa pista de Gullón, y la más lejana de Gaos, y los compré al momento.

He de recomendar *La tarde*, que he releído y tengo fresco, aunque era ya una convicción. Que no se ha desmoronado.

He hablado de poemas míos a incluir, “Ex Libris” u “Hospital de Inocentes”,

pero Julia Sáez pide también que digas o reproduzas un poema que te impactó.

Y hay tantos. Pensé también, para cambiar de poeta, y además

porque sería cierto, alguno de los *Poemas de la consumación* de Vicente Aleixandre

-el final “Quien duda existe. Sólo morir es ciencia” percutió mi conciencia

en la adolescencia y me ha acompañado siempre y quizá la insistencia

en los mismos sentidos que vuelven y están presentes en distintas palabras

así lo recuerdan. Pero pienso que voy a poner el poema de Juan Larrea que lleva por título su nombre, “Juan Larrea”, y que abre la selección que él mismo hizo para Gerardo Diego y es un poema impresionante y que dice tantas cosas de lo que en verdad es un poema y es para el poeta.

Y es llamar también de esta manera la atención sobre otro de estos poetas

que especialmente quiero. Otro de los trabajos que me quedan es hacer una selección de poemas en respuesta a la petición de Ester Abreu,

para su inclusión en la *Revista da Academia Espírito-santense de Letras*,

que ahora ella preside y en la que por su iniciativa me nombraron académico correspondiente en España hace ya muchos años, en septiembre de 2001. Quiero seleccionar un conjunto de poemas de *Vuelta a Roma* -siempre hago que incluyan algunos de mi último libro. Pensaba estos días, y lo recuerdo ahora, que este libro que este tiempo escribo y que quizá ya tiene título y hasta subtítulo, *De infinito amor* (Cuaderno del encierro), está imbricado con *Vuelta a Roma*, porque se ha escrito mientras el otro libro está detenido, sus ejemplares inmóviles en casa. Está por ello imbricado con él, sus poemas de algún modo se entretrejen y entremezclan. La vida así lo ha hecho ser. No ha podido presentarse este libro, seguramente tardará mucho en hacerse su presentación. Quizá podrían presentarse los dos, como libros curiosamente hermanos. La nostalgia de la vida al aire libre -y este mismo aire, y la vuelta del título de Delibes, que ha leído estos días pasados mi madre- que se da en los poemas del encierro tiene su correlación y complemento, su vaciado y su contraste en el aire libre que inunda *Vuelta a Roma*, cómo se da esta vuelta al aire libre en sus pasos y en sus poemas, que escribo en gran parte

andando por sus calles. Las cosas tienen su reverso, o los encuentran.

Encuentro estos días y este tiempo lecturas, cosas, sentires, pensamientos, recuerdos

que hacen de complemento o de algún modo extraño y misterioso se hermanan

con muchas otras. Escribo este largo poema desvelado porque así lo siento

y para así decirlo. Estaba oscuro cuando lo empecé, pero como ha sido largo ya despunta el día.

QUÉ RARO QUE ME LLAME FEDERICO: ESTE VERSO RECUERDO

al pensar que en unos días salen los poemas sobre Lorca y Granada en *Crear en Salamanca*. Hoy un poema sobre el terrible abandono, final e indefensión

de los mayores -mi madre en el corazón- en esta pandemia en *Diarios del Covid-19*, un espacio creado en México y que abrió con Gioconda Belli la semana pasada su sección “Poetas en cuarentena”.

Me invitó a participar su editora, la escritora y periodista Irene Selser. Qué lejos las comidas en Granada, las mesas y charlas compartidas con ella y su hermana Gabriela, la presentación allí de su último libro de poemas

a cargo de Gioconda Belli en el hotel en que me alojaba, el Hotel Granada,

y a la que con mucho gusto asistí. Qué lejos la vida. Gabriela luego en Barcelona. En unos días también el vídeo que como pude grabé de mi retenido libro *Vuelta a Roma* para el escritor y editor Juan Luis Calbarro

y que ha de publicar en el canal de Youtube y sumarse a los de otros poetas

que han participado en él, una iniciativa y un espacio también

para la poesía como defensa y protección, refugio y espacio de libertad que nos queda ante, en esta pandemia. En Palma de Mallorca y Qué raro que me llame Federico, recuerdo. Qué raro no encontrar según qué libros queridos, qué raro que seguramente hayan quedado en el lugar de veraneo, junto a la playa. Qué raro y a la vez qué inevitable y qué hermoso

acompañarme con queridos poetas del 27, música de mi juventud y de mi vida, de mi fondo. Qué raro que digan mi nombre y a través de ellos éste sea Santiago, y que ellos hayan ayudado a conformarlo. Que sea éste mi nombre. En poesía y en vida toda. Vida toda, o Vida extrema, el título del espléndido poema de Guillén. Leer de modo salteado y a ratos estos días a Guillén y a Altolaguirre. Leer esta mañana lo que tengo en mi selección de Francisco Giner de los Ríos. Seguir hoy o mañana con Antonio Espina y Juan Larrea. Intentar encontrar su poesía reunida, *Versión celeste*. Y los poemas del destierro de Domenchina, los vi hace no mucho. Están aquí, en esta casa. Espero encontrarlos. Pero ya los leeré en los días por venir junto a otras cosas. La poesía de Altolaguirre y de Guillén, *los Carnets* de Albert Camus, aforismos quizá de Bergamín -destello precioso para mi juventud-, otra novela de Gesualdo Bufalino, *Calende greche*, y otras cosas que he pensado que puedo leer con sumo agrado y acompañarme. Entre ellas, a ratos acaso, los poemas completos de Larrea y el destierro completo, desgarrado y doloroso

de Domenchina, hecho alta poesía. Pero a ratos, como salga. Esto no son deberes. Esto no es un trabajo, ni siquiera hecho con agrado -como el ensayo que hice a partir de la poesía de Angelina. Esto no es nada, o es todo. Esto, lo que escribo, acompaña lo que siento y lo que vivo, lo dice en prosa y en poemas, en el latido que adentro mío y aun como hombre adulto siento como el corazón de la madre

para un niño aún no nacido. Así la poesía. Así lo sé desde hace unos días, y me parece verdadero. Ciertísimo. Hoy hace un buen día. Esto ayuda. Es importante. Al comentarle mi bajón de hace unos días

ayer a Susanna fue ella quien me hizo notar que coincidía con los varios días seguidos de lluvia, porque es razón verdadera y también porque fue cuando ella también se agobió y angustió. Hoy hace buen día, y esto ayuda. Aire fresco por la casa. Leer lo que quiera. Estar atento a cuando publican este poema en México. Leer a Francisco Giner de los Ríos, sus recordados como maravillosos

Tercetos del Sena y que he visto sí están en mi selección. Ir haciendo mi vida con todo esto, hacerla sin querer en poesía. Qué raro que en ella me llame Santiago, o Federico.

NO HE LEÍDO A CARTARESCU.
PERO UN DÍA JAVIER SANCHO MÁS ME COMENTABA

que decía escribía como yo, y era el único caso que conocía igual que el mío.

Sin corregir nada. Ayer sábado le entrevistaban y hacían un reportaje a fondo

en *Cultura/s de La Vanguardia*. Estaba muy bien y era muy interesante.

Y hablaba de cómo se da en él la escritura, y ví cómo sí es un caso muy semejante. No es sólo que no corrija y le salga el texto a la primera,

y así lo dé, lo publique, como yo, sino cómo con belleza y verdad decía se daba en él la escritura. Que él sólo es y se siente un escritor cuando escribe, y que el resto del tiempo es el tipo más normal del mundo. Esto parece un detalle, pero es muy importante y muy revelador. También yo soy así. No sólo lo soy sino que he querido serlo,

y con convicción, desde la adolescencia, cuando empecé a escribir.

Refiere también Cartarescu que no sabe lo que va a escribir cuando se pone a hacerlo,

que va escribiendo mientras escribe y sin saber, sólo sabiendo entonces

lo que escribe. Lo que está escribiendo, y el mismo momento en que sucede. En que se da. También así se da en mí. Explica también que se deja hacer, que es como un dominio o una posesión. Tendría que ir a buscar sus exactas palabras. Es -puedo decir- un dictado, un dictado que tira de ti como de la madeja de las palabras que tienes dentro. Tira de ti y de ellas, las suelta y desenreda y tú las escribes. Así lo puedo decir. Recuerdo que hace años, creo que era el 2009, cuando volví a escribir poemas, Adam Zagajewsky contestaba a una *Contra de La Vanguardia* y hablaba de cómo se daba en él la inspiración de un modo que podía parecer singular. Pero era la manera como se estaba dando en mí.

La espera, y el momento intenso y prolongado en que se abre y se dilata como en una dimensión mágica y sacra el mundo. No guardé esa entrevista. En el *Cultura/s* de ayer, al hablar de los Blocs de Mauriac,

Joan de Sagarra se lamentaba que la prensa ya no es lo que era, ni en Francia ni aquí. No, no es lo que era. Pero aún cabe leer y encontrar algo interesante. La nostalgia ya no es lo que era, recuerdo este estupendo título de las memorias de Simone Signoret -que no he leído, pero es cosa que ya sólo por la belleza de su título merecería hacerse-, recuerdo este título y pienso que muchas veces sientes que así sea. La nostalgia ya no es lo que era, la poesía ya no es lo que era,

la tristeza ya no es lo que era, la soledad ya no es lo que era. Pero seguimos escribiendo. Escribiendo poesía y en la prensa. Escribiendo con nostalgia, con soledad y con tristeza. Escribiendo al dictado y mientras unas antiguas manos deslían a través de las nuestras y en un ritmo también muy antiguo y que es el de nuestra sangre la madeja de palabras que tenemos dentro, en el fondo del alma.

(De *De infinito amor (Cuaderno del encierro)*, Colección de Poesía El Bardo, Los Libros de la Frontera, Córdoba, 2021.)